



## Presencia y desafíos de los personajes femeninos en la obra narrativa de Marisa Silva Schultze: exilio, memoria y olvido<sup>1</sup>

Margarita Alfaro Amieiro<sup>2</sup>

Recibido: 12 de enero de 2015 / Aceptado: 15 de febrero de 2015

**Resumen.** En el marco de las *xenografías femeninas interculturales*, Marisa Silva Schultze (Montevideo, 1956) es un ejemplo ilustrativo de la vivencia del exilio en Europa a consecuencia de la represión militar en los años 70 y 80 en Latinoamérica. Su novela autobiográfica de ficción, *Apenas diez* (2006), narra la vida de una familia uruguaya que vive el reencuentro de tres generaciones, la abuela, la hija y la nieta, y cada una percibe la realidad de acuerdo a sus experiencias vitales. Andrea visita a su familia materna en Montevideo donde vivió durante tres años y después se exilió con su madre a Suecia para vivir una vida liberada del dolor del pasado. La oposición *memoria vs olvido* articula el punto de vista de todos los personajes. Andrea decide regresar a la sociedad europea en la que ha podido desarrollar su vida, siendo la música el espacio de su realización personal.

**Palabras clave:** Antropología del derecho; relativismo cultural; confesión indígena.

### [en] Presence and challenges of female characters in the novel of Marisa Silva Schultze: exile, memory and forgetfulness

**Abstract.** Marisa Silva Schultze (Montevideo, 1956) is an illustrative example of the experience of exile in Europe as a result of military repression in the 1970s and 1980s in Latin America. His autobiographical fiction novel, *Just Ten* (2006), tells the life of an Uruguayan family who lives the reunion of three generations, grandmother, daughter and granddaughter, and each one perceives reality according to their life experiences. Andrea visits her maternal family in Montevideo where she lived for three years and then exiled with her mother to Sweden to live a life freed from the pain of the past. The opposition memory vs. oblivion articulates the point of view of all the characters. Andrea decides to return to the European society in which she has been able to develop her life, with music being the space of her personal fulfillment.

**Keywords:** Anthropology of law; Cultural relativism; Indian confession.

**Sumario.** 1. Presentación. 2. *Apenas diez* (2006). 2. 1. Relaciones femeninas intergeneracionales: memoria vs olvido. 3. Conclusión. 4. Referencias bibliográficas.

<sup>1</sup> Este trabajo se inscribe en el marco de los objetivos del proyecto de investigación I+D+i del MINECO con referencia FFI2013-43483-R.

<sup>2</sup> Departamento de Filología Francesa (UAM)  
E-mail: margarita.alfaro@uam.es

**Cómo citar:** Alfaro Amieiro, M. (2016) Presencia y desafíos de los personajes femeninos en la obra narrativa de Marisa Silva Schultze: exilio, memoria y olvido, en *Revista de Filología Románica* 33.2, 299-311.

J'ai l'impression qu'aujourd'hui la mémoire est beaucoup moins sûre d'elle-même et qu'elle doit lutter contre l'amnésie et contre l'oubli. À cause de cette couche, de cette masse d'oubli qui recouvre tout, on ne parvient à capter que des fragments du passé, des traces interrompues, des destinées humaines fuyantes et presque insaisissables (Modiano 2014 : 30).

## 1. Presentación

Nuestro análisis tendrá por objeto el estudio de la escritora de origen uruguayo, Marisa Silva Schultze, desde la óptica del concepto de las *xenografías femeninas* ya que viene a enriquecer un mosaico plural de voces literarias que rompen con los cánones estéticos de las literaturas nacionales (Alfaro y Mangada 2014). La literatura contemporánea, desde hace ya más de tres décadas, en el contexto desarrollado por Claudio Guillén de *lo uno y lo diverso*, nos permite observar la presencia de textos literarios escritos por mujeres que han vivido en la frontera de dos identidades, dos lenguas y dos culturas a causa de conflictos ideológicos. Todas ellas, tal y como hemos ido estudiando en la configuración de *un atlas literario intercultural*, nos muestran la vía de una nueva identidad transnacional y transcultural en la que las mujeres escritoras y sus personajes femeninos, frente a los masculinos, recrean espacios autobiográficos de ficción que alumbran nuevos espacios de reconocimiento de la alteridad y de la integración social (Alfaro, García, Mangada 2012; Alfaro, Mangada 2014). Este nuevo elenco de escritoras cruza límites, redefine ámbitos y recrea nuevos espacios especulares en la línea de la reflexión introducida por Edward Said (2000).

Marisa Silva Schultze (1956), originaria de Montevideo, se exilia en Europa debido a la ideología de sus padres contraria a los regímenes militares establecidos en la década de los años 70 y 80 en diferentes países latinoamericanos, en particular en Uruguay. Esto explica que nuestra autora llegue a Suecia, Estocolmo, en situación de exiliada política, siendo niña. En la actualidad, Marisa Silva es profesora de Historia contemporánea y vive entre Suecia y Montevideo donde participa en numerosos encuentros literarios, asimismo colabora en varios medios periodísticos con artículos críticos.

Nuestra autora se inicia en la escritura ficcional a la edad madura. Asume la narrativa como un espacio propicio para la reinterpretación de la realidad histórica vivida, la dictadura militar entre 1973 y 1985, así como los primeros años democráticos. Elige escribir en español si bien el sueco puede ser también considerado como su segunda lengua materna. Hasta el momento ha publicado cuatro novelas: *La limpieza es una mentira provisoria* (1997)<sup>3</sup>, *Qué hacer con lo*

<sup>3</sup> Novela en la que la protagonista es una mujer que reflexiona retrospectivamente sobre su vida, sobre la soledad y los hechos repetitivos de la vida cotidiana. En su relación silenciosa con los objetos que la rodean encuentra fuerzas para introducir un cambio en su vida.

*no dicho* (1999)<sup>4</sup>, *Apenas diez* (2006) y *Siempre será después* (2012)<sup>5</sup>. Con anterioridad había publicado dos compendios de poemas: *Taller de juguetes* (1987) y *Las casas son una ilusión necesaria* (1994). Ha escrito también un ensayo titulado *Aquellos comunistas 1955-1973* (2009) en el que describe, desde una perspectiva de la evolución histórica, la ideología anti-militar durante la dictadura en Uruguay. Su obra ha sido galardonada con diferentes reconocimientos y en especial en 2011 con el premio de Narrativa inédita de la Intendencia Municipal de Montevideo.

Cabe pensar por lo tanto que nuestra autora adopta el universo narrativo para contar sus experiencias, sus recuerdos y los de su familia, a la vez que quiere dar a conocer al lector occidental una realidad olvidada o menos conocida por no haberla padecido directamente. Las consecuencias para todos los que vivieron en primera persona la opresión militar en los diferentes países latinoamericanos fueron muy duras durante más de una década ya que se propusieron participar en la amplificación utópica del proyecto de la *revolución cubana* en América Latina, muy especialmente en Argentina, Uruguay y Chile. En el caso de Argentina, desde la perspectiva literaria, observamos ejemplos muy significativos de escritoras exiliadas en Europa a consecuencia del exilio de sus progenitores. Cabe mencionar, entre otras muchas, a Laura Alcoba (1968-), originaria de La Plata, exiliada en Francia en 1978 y cuyas producciones ficcionales escritas en francés desde 2007 traen a la memoria los recuerdos de la infancia en el marco de las actividades revolucionarias emprendidas por sus padres, así como el duro proceso de integración en la sociedad de acogida en el momento de su exilio en París (Alfaro 2016: 329-345).

## 2. *Apenas diez* (2006)

A continuación focalizaremos nuestro estudio en el análisis de la novela *Apenas diez* (2006). En ella podremos observar un universo narrativo en el que prevalece la experiencia autobiográfica así como la presencia de una multiplicidad de miradas en femenino. Dichas miradas dialogan con las miradas masculinas, ambas, las femeninas y las masculinas, vuelven la vista hacia el pasado: bien con sentimiento de amargura e indiferencia, o bien con la finalidad de trazar nuevos trayectos existenciales al margen del pasado con la finalidad de construir el futuro.

El lector descubre una novela que tematiza los recuerdos de la infancia en el contexto de la clandestinidad vivida por las personas más cercanas y queridas así como las experiencias en el país de adopción, Suecia, a consecuencia del exilio. En todo momento predomina la mirada femenina en contraste con la mirada masculina, la presencia de las mujeres y su relación intergeneracional en el

<sup>4</sup> En el Uruguay de 1984 y 1985, en el momento del inicio de la democracia, dos personajes femeninos, una madre que se quedó en el país, y una hija que se exilió, se enfrentan en sus propios dramas. La hija exiliada regresa e intenta rehacer su vida si bien la relación con su madre está cargada de silencios, desencuentros e incomprensiones. Los diálogos cruzados están presentes a lo largo de toda la narración.

<sup>5</sup> El personaje principal, Álvaro, revive los recuerdos dolorosos de su infancia debido a la situación vivida por su familia. La autora desarrolla de modo magistral los puntos de vista, la descripción del sufrimiento y el acoso psicológico en el marco de la familia.

universo narrativo es fundamental para comprender la evolución existencial de los personajes principales.

Así pues, Marisa Silva Schultze nos introduce en las huellas que la dictadura militar dejó, a lo largo de 12 años, no solo en su país de origen sino en los otros países de la región y muy especialmente en Argentina, país colindante con Uruguay. A diferencia de las novelas de Laura Alcoba, *Manèges. Petite histoire argentine* (2007) y *Les bleus des abeilles* (2013)<sup>6</sup>, donde se impone, en consonancia con la lengua de escritura elegida, el francés, un estilo de objetividad en la actualización de la experiencia vivida, Marisa Silva utiliza un tono intimista elaborado en el interior de un universo cerrado, el que corresponde a una familia constituida por diez personas. La autora, tal y como lo ha manifestado en una entrevista del Café Literario de la TV uruguaya<sup>7</sup>, no quiere representar la historia colectiva por considerarla de menor interés en su búsqueda del conocimiento de todo lo que pudo suceder. Se interesa, sin embargo, por los personajes de la vida cotidiana que están enmarcados en la Historia de una sociedad, la autora considera que son ellos los auténticos protagonistas silenciados durante varias décadas. Además, desde su óptica, la familia representa el escenario en el que tienen lugar los conflictos humanos, un espacio atomizado por las emociones y las sensaciones personales donde tienen lugar diferencias y rupturas, analogías y lealtades. La familia es también el espacio de la acogida incondicional, “de ayuda” y “de sostén”, para que Andrea, el personaje focal, pueda “reconstruir la imagen que había perdido de su padre” (Silva Schultze 2006: 113), del que no guarda ningún recuerdo.

Desde el punto de vista anecdótico, la novela comienza con la llegada de Andrea, la protagonista, a Montevideo. Andrea viaja desde Suecia donde vive desde su infancia y su viaje pretende tan solo retomar el contacto con su madre y su familia. Su presencia va a ser el detonante para activar los recuerdos y las vivencias personales de todos los miembros de la familia que se confrontan a los recuerdos dolorosos de un pasado ligado a la represión militar y a los primeros años de la democracia. Desde el punto de vista histórico, en Uruguay no hubo una oposición violenta, como fue el caso de los *guerrilleros* Montoneros en Argentina que adoptaron medidas muy beligerantes y provocaron reacciones sangrientas en el gobierno para su erradicación.

La novela que nos ocupa trata de la descripción de tres generaciones con opciones políticas diferentes y con situaciones personales también distintas: prisión, exilio y vida anodina al margen de los acontecimientos políticos. Observaremos que la dictadura determina la vida de todos los personajes, incluso de aquellos que no la vivieron directamente por pertenecer a otra generación; tal es el caso de Andrea y su hermano por parte de madre, Fernando, nacido en el exilio.

<sup>6</sup> Se trata de dos novelas de Laura Alcoba en las que se da a conocer, desde la perspectiva autobiográfica de ficción, los recuerdos del pasado en el contexto de la experiencia del exilio. *Manèges. Petite histoire argentine* (2007) relata la infancia de la protagonista en La Plata y la vida en clandestinidad debido a la ideología de sus padres. *Les bleus des abeilles* (2013) desarrolla la llegada a París de la protagonista, Laura, que abandona Argentina para encontrarse con su madre exiliada desde hacía dos años, su padre permanecerá en la cárcel en Argentina. Todo el relato discurre entre el allí y el aquí, entre los recuerdos de su país natal y la nueva situación a la que tiene que adaptarse en la sociedad francesa: adoptar la lengua y los nuevos códigos culturales (Alfaro 2016: 329-345).

<sup>7</sup> Cfr.: [http://www.auditorio.com.uy/uc\\_857\\_1.html](http://www.auditorio.com.uy/uc_857_1.html).

Andrea, de 20 años, el personaje femenino más relevante, había viajado a la edad de 3 años a Suecia para encontrarse con su madre exiliada desde hacía unos meses. Su padre, sin embargo no podrá marcharse por haber sido encarcelado a las afueras de Montevideo; finalmente se suicida en la cárcel antes de conocer la libertad. Andrea, al inicio de la novela, realiza el viaje de toma de contacto con su ciudad natal para visitar a su abuela y a su madre quien desde hacía ya varios años había regresado de su exilio en Estocolmo.

El relato se desarrolla a lo largo de 38 secuencias o cuadros de extensión desigual, las últimas secuencias son más breves y crean el efecto de rapidez con la que avanza el tiempo cronológico. Desde el punto de vista de la temporalidad, la acción evoluciona durante un mes, entre el 5 de febrero y los primeros días del mes de marzo de 1991, cuando tiene lugar la visita de Andrea durante los primeros años democráticos, siete años después de haber acabado la dictadura. Los encuentros entre los diez personajes, los diferentes miembros de la familia (tía, tíos, primos, abuela y madre) que constituyen la galería de héroes y heroínas de la vida cotidiana se multiplican a medida que el tiempo pasa. El presente encarna la fuerza temporal por excelencia. Sin embargo, las miradas retrospectivas hacen que el pasado se convierta también en una fuerza que se impone de manera negativa ya que oscila entre la voluntad de recuerdo para unos y en el olvido deseado por otros. Así pues, las construcciones temporales basculan entre el presente y el pasado; el futuro se erige, en especial para la protagonista al final de la novela, en una nueva temporalidad desprovista de cargas dolorosas. Será el tiempo del volver a empezar, de un nuevo comienzo que ofrece todas las expectativas para llevar a cabo una vida en libertad. Andrea se considera ciudadana europea con mentalidad cosmopolita.

En cuanto a la construcción espacial, predomina la presencia de una topografía heterogénea y diferenciada. La descripción de los espacios cerrados en relación con la casa (habitaciones, cocina, puertas, ventanas, muros, techos y los objetos funcionales de la vida de todos los días) son esenciales por ofrecer los escenarios donde tienen lugar los encuentros de toda la familia. Las calles, las plazas, las fachadas y los edificios de Montevideo representan los lugares oscuros donde la luz está ausente. La rambla y el mar de la Plata, sin embargo, enmarcan los espacios de apertura que liberan a los individuos de la opresión vivida. En última instancia, la ciudad de Montevideo, con sus diferentes lugares así como con la descripción de los frecuentes apagones que privan de luz a la población, se convierte en la metáfora del pasado en el que sus habitantes vivieron la represión. La nueva generación ya no se siente identificada con los sentimientos que aquellos espacios provocaron en sus predecesores.

Desde el punto de vista enunciativo, el lector se encuentra inmerso en un entramado de voces que se superponen unas a otras a lo largo de todo el relato. Todas ellas manifiestan la presencia de vivencias y recuerdos diferentes que muestran la complejidad de la vida familiar y de sus visiones contrapuestas. Se trata por tanto de un relato polifónico en el que todos los personajes tienen su propia voz y el lector tiene acceso a cada uno de ellos desde dentro y desde fuera. Todos, y cada uno de los personajes, se hacen preguntas sin cesar como si quisieran profundizar en su ser interior, como si quisieran dar respuesta a sus propios monólogos. Asimismo, las miradas cruzadas y el encuentro dialógico entre los diferentes personajes hacen posible la evolución del hilo anecdótico. Todos los

personajes adquieren entidad psicológica y ontológica, sus comportamientos y sus actitudes cobran el máximo protagonismo en ausencia de descripciones físicas por carecer de valor funcional. El lector descubre, por tanto, bajo el efecto de la riqueza caleidoscópica, el devenir de un período preciso así como sus diversas configuraciones sociales e ideológicas. Así pues, la focalización interna y externa coexisten y constituyen el marco en el que se superponen y dialogan las voces de todos los personajes a lo largo de toda la narración.

## 2.1. Relaciones femeninas intergeneracionales: memoria vs olvido

En lo que se refiere a nuestro punto de observación, pondremos nuestra atención en cada una de las protagonistas que configuran las tres generaciones de voces y miradas en femenino. Entre ellas se entrelazan y superponen sus memorias individuales: la abuela, Lil, la madre, Irene, y la nieta, Andrea, hija de Irene, nacida en 1971 en Montevideo. Entre ellas se enfrentan sin poder dejar de lado su tristeza y el hecho de vivir aisladas a pesar del afecto que se tienen entre ellas. Las tres voces, así como la de Adriana, la hermana de Irene que nunca se exilió a pesar de las circunstancias políticas, están convocadas en el presente de la ficción para intentar el encuentro (im)posible que dé lugar a un futuro liberado del pasado. Probablemente la liberación que Irene pudo experimentar 20 años antes cuando, por fin, pudo respirar la libertad en Suecia gracias a su exilio. Andrea encarna el nuevo ideal de libertad, representativo de las democracias occidentales, al margen de las ideologías comunistas desarrolladas a lo largo del siglo XX.

Desde las primeras páginas conocemos la carga de dubitaciones y emociones encontradas que ha supuesto para Andrea la decisión del viaje de Suecia a Montevideo. Viaje físico y viaje emocional, del país del exilio de su madre al país natal donde su madre había decidido regresar desde hacía ya cuatro años:

Andrea se despierta sobresaltada, con esa extrañeza incómoda que produce abrir los ojos en un espacio desconocido. Ha dormido mucho pero se siente agotada, no solo por el largo viaje en avión, no solo por la excesiva blandura del colchón, la ha cansado la continua sucesión de rostros y palabras que ha atravesado desde su llegada. (...) Este era, al fin, el viaje del que tanto habían hablado con su madre. Hablado, peleado, negado. Y fueron –más que todas las palabras irritantes e invasoras de su madre por carta- las ganas de ver a su abuela, a Fernando, a Gonzalo y, debía reconocérselo, también a su madre, las que la llevaron, después de un año de tironeos, a aceptar venir (Silva Schultze 2006: 17).

La abuela Lil representa el espacio de la ternura y de las preocupaciones y cuidados, la cocina es su universo de acción y su mundo está muy vinculado a los recuerdos del pasado. Se trata de una mujer que ha vivido durante muchos años bajo el miedo a consecuencia de las implicaciones revolucionarias de su hijo Ariel y de su hija Irene. Ambos se opusieron a la dictadura en la década de los años 70 en Uruguay. Ariel pasó varios años en la cárcel como preso político e Irene se vio obligada a abandonar a su hija Andrea con su madre, a separarse de Gerardo, el padre de su hija Andrea, y a salir de modo clandestino de su país para exiliarse en

Suecia como refugiada política donde rehace su vida con otro militante uruguayo también exiliado. Lil, en ausencia de su hija, se ocupará de Andrea durante tres años. El padre de Andrea, Gerardo, había sido encarcelado, torturado y empujado al suicidio a los pocos días de entrar en la cárcel. La abuela Lil ofrecerá a su nieta todas las atenciones materiales y afectivas necesarias para su crecimiento. Al cabo de tres años la abuela y la nieta emprenderán el gran viaje en avión con la finalidad de encontrarse con la madre de Andrea en Suecia. Lil acompañó a Andrea durante las primeras semanas de adaptación en un entorno sociocultural y lingüístico incomprensible para ambas. Andrea no reconocía a su madre y tuvo que pasar un tiempo hasta que se fortaleció el afecto entre ellas.

La abuela Lil, veinte años después, vive inmersa en los recuerdos de su nieta. Todavía, después de tantos años transcurridos, mira todas las noches antes de dormirse los dibujos de Andrea, los que hizo cuando se encontró con su madre y tenía que integrarse en una sociedad desconocida y extranjera, la sociedad sueca. En el reencuentro de la abuela con su nieta lo que destaca es el abrazo, la cercanía, la posibilidad de reconocer aquello que expresa las sensaciones corporales olvidadas:

El abrazo de la abuela que había envejecido mucho desde la última vez que había ido hacía ya ¿cinco? ¿seis?, hacía ya siete años de su último viaje a Suecia. El abrazo de la nieta que ... qué increíble cómo había crecido, era ya una mujer, qué flaca qué alta estás, nena; la clara sensación de que el encuentro de los cuerpos derrumba, en un apretón, esa dimensión un tanto quieta que tiene el querer en la distancia, esa certeza de que el cariño se renueva y de que todo recomienza apenas se tocan, se oyen las voces, se descubren los parecidos y las diferencias con recuerdos de la otra, de la imagen fija y confusa que una guarda de la otra (Silva Schultze 2006: 12-13).

Lil, mujer de edad avanzada, tiene setenta y un años y mira retrospectivamente su trayectoria vital. El resultado de su vida familiar es muy doloroso, considera que ha sido un fracaso, muchas ilusiones se habían visto rotas a consecuencia de los acontecimientos políticos. La abuela de Andrea, con la visita de su nieta, siente que al final de su vida asiste al derrumbamiento de todo el proyecto familiar donde unos viven aquí y su nieta volverá a Suecia para no volver a vivir a Montevideo como hubiera sido su deseo. Lil sabe que muy probablemente será la última vez que se encuentre con su nieta Andrea, el gran motor de su vida desde que falleciera su esposo Germán, dedicado toda su vida a la familia y a trabajar la madera como se trabaja el afecto y el cariño.

Irene, la madre de Andrea, aparece descrita como una mujer débil, sin fuerzas y deprimida antes del exilio. Se había dejado influenciar por Gerardo, el padre de Andrea, y por sus ideales revolucionarios, al menos eso es lo que ella creía. Fue madre a los 20 años y abandonó sus estudios de medicina para dedicarse al cuidado de su hija y a las exigencias de la militancia mientras vivía con Gerardo. Al cabo de tres años se vio en la obligación de refugiarse en Chile y después, a consecuencia del golpe, exiliarse en un país europeo. Sin embargo, a lo largo de su vida en el exilio, adquiere una nueva personalidad gracias a Gonzalo, el uruguayo con quien comparte su vida. Gonzalo es consciente de que pudo realizar sus

estudios de arquitectura en Estocolmo, gracias a todas las oportunidades que recibe de la sociedad de acogida. A diferencia de otros exiliados, Gonzalo tiene una visión positiva de la existencia, sabe vivir el presente y el lado amable de la vida cotidiana, la vida que supieron construirse con esfuerzo y renuncias en Suecia antes de regresar a Montevideo. Ambos, desde la perspectiva histórica, son capaces de reconocer el fracaso de su compromiso revolucionario:

Fue después –tomando café, mirando nevar tras los ventanales de su casa en Estocolmo, abrazados y lejos de todos, desacostumbrados a pensar solo en sus vidas- que ella y Gonzalo fueron necesitando de estas palabras para explicarse a sí mismos, para entenderse. La derrota también es eso: el olvido de aquella alegría, las palabras nuevas para narrar –con torpeza y ajenidad- esa pasión vertical que los había asaltado a ellos y a millones de tipos como ellos en el mundo (Silva Schultze 2006: 26).

Irene y Gonzalo vuelven a Montevideo cuatro años después de haber sido derrocada la dictadura. Ambos tenían mucho interés en recuperar su país y su pasado. Irene en particular desea volver a estar en contacto con su familia. Sin embargo, con su nueva vida, surgen en ella sentimientos de doble nostalgia: de un lado, en relación a la etapa vivida en Montevideo con Gerardo, el padre de su hija, encarcelado y muerto; y de otro lado, en relación a los años de su exilio en Suecia, donde nació su hijo Fernando, fruto de su amor con Gonzalo. Además de reconocer su nostalgia se pregunta si no será un sentimiento equivocado a causa del miedo que tanto ella como su hermano Ariel vivieron debido a su compromiso ideológico:

¿Me da vergüenza mostrar esta nostalgia equivocada? ¿Será realmente una nostalgia equivocada? Es verdad que cuando una mira para atrás busca aferrarse a las cosas que le dieron vida, que ahora, miradas unos años después, sabe que valieron la pena. Sin embargo recuerdo también lo otro, eso tan difícil de traducir en palabras: el miedo, muchos miedos. Lo que más recuerdo no es lo que pasó, sino lo que tuve miedo de que pasara (Silva Schultze 2006: 37).

Irene, por otra parte, después de su regreso no será bien aceptada por su hermana Adriana que nunca vivió el exilio y que no comprende, desde el rencor y la rabia, la situación de doble identidad en la que vive su hermana:

Suecia la cambió demasiado y, porque por más que le busco huellas de la Irene de antes, no logro encontrarle nada, casi nada, como si en una misma vida las personas pudieran ser muchas personas y solo les quedara el mismo cuerpo, algún rasgo de carácter, una atmósfera parecida que apenas nos recuerda a aquella otra (Silva Schultze 2006: 34).

Adriana, además de situarse en la incompreensión, observa el desgarró y el desencanto de su hermana Irene que se encuentra dividida entre su ciudad natal y su país de adopción. Dicho sentimiento se agrava en relación a su hija Andrea quien finalmente es percibida por todos los miembros de la familia como diferente, inadaptada, extranjera, en el país de su familia materna:



Y ahora Andrea acá, en Uruguay, de visita, cuando lo que siempre soñábamos era que se vinieran todos, que no quedara ni un solo uruguayo por ahí, y resulta que mi sobrina viene de visita, y no me gusta nada, me duele, me deja así, como lejos de ella, que no supiera ni qué decirle ni qué contarle de todo esto, ni siquiera sé qué preguntarle, me cuesta sentir que esta es aquella nena que tanto quise en los casi tres años que estuvo acá (Silva Schultze 2006: 39).

Andrea, finalmente, es el personaje que centraliza toda la reflexión, representa la voz del regreso imposible a su familia, en el país de sus padres. Encarna la función hermenéutica del universo narrativo. Con su llegada asistimos al momento inaugural del relato en el que se entremezclan todas las encrucijadas espacio-temporales implicadas en las existencias de los personajes masculinos y femeninos que conforman la familia. Y con su partida el lector asiste también al final del relato. El primero y el último cuadro empiezan del mismo modo: “no voy a ir al aeropuerto”, son las palabras de la abuela Lil que tanto con la llegada como con la partida de su nieta no quiere vivir la experiencia convencional del reencuentro y de la despedida:

No voy a ir al aeropuerto. Esas cosas no son para viejos. Yo ya sé lo que es eso, ese círculo de conversaciones tontas que se tienen por ocupar el tiempo, por decir algo nomás, mientras el que se va espera la hora exacta en debe decir bueno, ahora sí me tengo que embarcar, (...) y el que se va deja para el final el abrazo más difícil, el más largo, el abrazo que quiere seguir sintiendo (...)  
Ni loca voy al aeropuerto, ¿para qué? Prefiero despedirme acá en casa, solas, ella y yo, sin mucho aspaviento, sin tanto tambor de despedida; como si fuera una despedida cortita, como si yo supiera que dentro de una semana ella va a venir a comer mis raviolis (Silva Schultze 2006: 278-280).

A lo largo de todo el relato las imágenes, las sensaciones sensoriales y los espacios se despliegan con la principal idea de aprehender el pasado por medio de los recuerdos: “el espacio multiplica la memoria y aparece desde un lugar que no sabíamos que existía, escenas, sonidos, tonos, olores, todo un mundo ignorado que se despliega en visiones repentinas y rápidas” (Silva Schultze 2006: 46).

Andrea ha pasado la mayor parte de su vida en Suecia y no reconoce su ciudad natal como un espacio positivo de recuperación de sus orígenes familiares. Antes de dejar Estocolmo ya había tomado la difícil decisión de dejar Suecia para realizar una breve visita de un mes. Había previsto su viaje con la misión de no volver atrás a pesar de los sentimientos y las emociones a las que sabía que debería de enfrentarse. Su abuela Lil, a diferencia de su madre, respeta su decisión:

Sí, me duele que Andrea se vaya, aunque ya lo sabía, aunque no tenía ninguna duda, tal vez porque esta despedida me hace sentir por primera vez el miedo de no volverla a ver, por eso ni loca voy al aeropuerto, no quiero despedirla, no soporto este miedo. (...) Andrea tiene razón y todos sabemos que tiene razón, tiene una brillante carrera por delante, tiene todas las posibilidades abiertas en Europa, para qué quedarse aquí en este país en el que apenas vivió tres años y al

que no conoce ni le pertenece, ni quiere. Andrea está eligiendo por el futuro y yo la entiendo, quién puede atreverse a cuestionar su elección, quién puede decirle a Andrea que sus padres eligieron pero vos, ahora que tenés la edad de ellos cuando eligieron, vos ahora no elijas (Silva Schultze 2006: 281-282).

Andrea es percibida por los diferentes miembros de la familia como una joven todavía poco madura que se encuentra en el paso difícil entre el final de la adolescencia y la edad adulta. Andrea, sin embargo, cuenta ya con una estabilidad emocional e intuye los derroteros de su vida futura, vive con su novio, “un chileno nacido en Suecia que, como ella, ama más los sonidos que las palabras, siente más honda la vibración del tiempo que la ritualidad de los espacios” (Silva Schultze 2006: 18). Andrea sabe que su vida está en otro lugar.

De carácter es silenciosa, reflexiva, le gusta el desafío de hacer grandes puzzles de muchas y pequeñas piezas donde todo poco a poco encaja. Se hace preguntas constantemente con la voluntad de reafirmarse en su decisión: ha hecho su elección, dejar Montevideo, volver a Suecia o incluso ir a otro lugar del mundo, probablemente Londres, para desarrollar su pasión: la música. Desde su infancia estudió en el Conservatorio, había aprendido a tocar el violín, su primer refugio en el contexto de la vida de los exiliados en Suecia. En su viaje a Montevideo había elegido voluntariamente no llevar con ella su violín, ello le permitiría tener más disponibilidad y apertura en los encuentros familiares. A diferencia de ella, su hermano Fernando, nacido en Suecia, se integra en Montevideo como el “extranjero”, “distinto”, “único”, y es sentido por su hermana como un “barullero” (Silva Schultze 2006: 57). Fernando simboliza el carácter extrovertido cuya identidad se adapta fácilmente a lo desconocido.

Durante los últimos días en Montevideo, después de varias conversaciones comprometidas con sus tíos Roberto, Adriana y Ariel que le desvelan el pasado de su padre, su encarcelamiento y su traumática muerte, la incomprensión con su madre se hace patente a causa de su decisión de no interesarse por su pasado. Andrea no quiere conocer los detalles de la vida con su padre mientras los tres vivieron juntos, no quiere conocer a su abuelo paterno para intentar recuperar las fotos, como hubiera deseado su madre, de aquella vida que compartieron juntos durante apenas tres años:

(...) no sé para qué quiero ver la cara de mi padre, su alegría teniendo en brazos a su hija, sus ojos imaginando un futuro que no existió, a mí me da lo mismo que se haya muerto de un ataque al corazón en la cama o en un accidente de auto o que lo hayan matado esos milicos, bueno, no es que sea lo mismo, me da rabia que lo hayan asesinado, que lo hayan torturado, casi ni me puedo imaginar eso, pero la cosa es que no está, él no está, no estuvo nunca, no conozco su rostro, pero hay algo mucho más hueco incluso, no recuerdo su amor por mí, no lo recuerdo a él, si conociera a través de una foto su sonrisa o sus ojos o sus manos. ¿las imágenes devolverían este amor?, ¿volvería a tener un padre? (Silva Schultze 2006: 271-272).

Andrea definitivamente, quiere vivir en el tiempo presente y no se interesa por el pasado de su padre y de su madre. Ellos, como ella ahora, tuvieron su

oportunidad para desarrollar sus pasiones. De su abuelo paterno sabremos que vive en su soledad y en la tristeza profunda de haber perdido a un hijo que fue torturado brutalmente hasta hacer que perdiera su vida. El abuelo vive con el recuerdo de las veinte fotos que su hijo le dejó antes de que le apresaran, fotos que escondió entre sus libros de medicina. Para Andrea, a diferencia de su madre, de su abuela y de su tía, todo ese pasado representa una existencia borrada sin haber dejado huellas negativas para ella. No experimenta la nostalgia dinamizadora del deseo para recuperar el pasado que desearían aprehender, sin embargo, los demás miembros de la familia.

Durante su estancia, la relación con Gonzalo, el padre de su hermano Fernando, se consolida y se afianza aún después de haber vivido la separación. Sabe que nunca fue su padre, sin embargo siempre estuvo a su lado. Entre ellos, después del tiempo vivido juntos en Estocolmo como una familia consolidada y unida, quedan los momentos de diálogo y de análisis de lo que representó, con la perspectiva histórica, las vidas de una generación que eligieron la militancia y después el exilio. Gonzalo respeta a Andrea y sabe que después de haber dejado Estocolmo “ha aprendido a convivir con sus nostalgias. Como si la vida fuera eso, la imposibilidad de los todos, la certeza de un aquí y un allá, la sensación de que el espacio es como el tiempo, que no está, que discurre, que se escurre, que separa” (Silva Schultze 2006: 43). Para Gonzalo, hombre maduro que ha vivido rupturas profundas, el estado emocional no es lo más significativo:

No se trata de contento o triste, feliz o deprimido, todo en disyuntiva (...). Es que a él todo se le entrevera. Al ver a Andrea le pasó lo que sucede con un espacio que no se ha visto desde hace tiempo: el espacio multiplica la memoria y aparecen desde un lugar que no sabíamos que existía, escenas, sonidos, tonos, olores, todo un mundo ignorado que se despliega en visiones repentinas y rápidas (Silva Schultze 2006: 46).

Por último, en este mosaico familiar de perfiles psicológicos, para Gonzalo, Andrea es una joven con deseo, en ella habitan “las ganas de vivir los días haciendo esto y no aquello, las ganas verticales y sencillas de pasarse la vida de tal o cual manera y no de otra” (Silva Schultze 2006: 46). Para Andrea, su deseo ha sido vivir con distancia el viaje de regreso a los orígenes. Sobre todo ha querido compartir los últimos momentos con su abuela y atesorar junto a ella la vivencia del presente:

(...) por eso, en estas horas que me quedan en Montevideo, es con la abuela con quien más quiero estar, simplemente estar, no para recordar nada, más bien para vivir este presente en el que estamos juntas, para guardarla dentro de mí, para que, cuando esté lejos, pueda recordar todos sus detalles: el modo con que junta sus manos, la inclinación de su cuerpo cuando riega las plantas, el tono con que me rezonga, necesito asegurarme de que nunca podré olvidar su rostro (Silva Schultze 2006: 272).

### 3. Conclusión

Marisa Silva Schultze ilustra la experiencia del *más allá* que da lugar a un amplio abanico de viajes de naturaleza geográfica, de un lado, y de naturaleza existencial, de otro. De la convergencia de ambos desplazamientos, el exógeno y el endógeno, surge una nueva concepción de la producción literaria, entendida como el espacio de la recreación de otros mundos posibles. El mundo interior, ligado a una fuerte experiencia de lo íntimo, se manifiesta como un lugar de motivación que sirve de punto de partida a la necesidad de escritura generadora de un mundo transformador: inclusivo y comprensivo. En este sentido, la literatura en lengua española en América latina, ilustrada por Marisa Silva Schultze, es un buen testimonio de la emergencia de un espacio literario menos conocido en Europa que trae a la memoria las dictaduras latino-americanas de los años 70 y las consecuencias para las generaciones que se vieron inmersas en unos ideales frustrados.

Marisa Silva reelabora su experiencia personal y construye un conjunto complejo de situaciones en el marco de la ficción. Para ello, la autora crea personajes alejados de la experiencia épica y de la violencia contra el poder para que cuenten sus vidas y se liberen así de sus rencores, rabias y frustraciones. La razón de su escritura obedece a convicciones profundas, no responde a una búsqueda racional sino que adopta el ejercicio de penetrar en el interior de la subjetividad y descubrir aquello que durante muchos años había permanecido soterrado, voluntariamente olvidado. Lo más importante por tanto es el hecho de dejar contar, de interrogarse y de dejar que fluya el devenir de la conciencia.

En la novela analizada, *Apenas diez*, una novela que en opinión de la autora contiene las otras novelas escritas con anterioridad, lo más representativo es su capacidad para aprehender las rivalidades, los malentendidos, los reproches, la incomunicación y los silencios. El universo narrativo se manifiesta como el espacio para elaborar lo que había estado oprimido; así pues, podemos observar el sentido axial que cobran las repeticiones, la focalización plural y los diferentes puntos de vista que ayudan a escapar del determinismo de la iteración enfermiza. La vida, de generación en generación, es un volver a empezar. Para la protagonista, Andrea, el punto de fuga se produce gracias a su pasión por la música y a su deseo de vivir con Sergio, la persona a la que ama. Así lo ha entendido su abuela y así lo expresa en las últimas frases de la novela:

(...) Andrea, que estoy contenta, que me gusta esa fuerza tuya, que quiero que me mandes fotos de Sergio y vos juntos, que estudies mucho, que me mandes casetes para que yo escuche tus conciertos, para que me des esa paz que siempre me diste con tu violón. Eso es lo que estoy diciendo, Andrea, que ahora subirás sola a ese avión y para vos será, de nuevo, un comienzo (Silva Schultze 2006: 282).

Finalmente, Marisa Silva Schultze, con su trayectoria biográfica, elige una identidad literaria, lo que podríamos denominar *el lugar de la escritura* que va más allá del azar de la lengua de expresión elegida, el español que le ofrece expresar todas las subjetividades. Nuestra autora realiza, a través de las palabras, las

imágenes y los personajes *un viaje emocional en el tiempo*, según la expresión de Laura Alcoba. Marisa Silva Schultze, por medio de sus personajes, y en especial a través de Irene, situada entre dos generaciones, la que representa el pasado y el futuro, comprende que el valor del tiempo y la funcionalidad de la memoria, y de su contrario el olvido, están ligados a experiencias personales que no se transmiten o se imponen en el árbol genealógico:

Irene empieza a entender que la memoria no es un decreto, una necesidad que se puede regalar, una fatalidad inexorable. Irene empieza a entender que la memoria está hecha de tiempos cóncavos y convexos, lineales y circulares, de laberintos y fragmentos, de olores y objetos, de malentendidos y confusiones, de ilusiones y prejuicios, de memorias y verdades. Por eso Andrea todavía no puede, se dice Irene, (...) ir a buscar esas fotos, todavía no puede llorar a su padre, todavía no puede dejar que ese dolor entre en su vida y excave en sus adentros encontrando alguna imagen propia, eso confuso, quieto y brumoso que llamamos recuerdo; eso difuso que solo por momentos se nos aparece nítido y que nombramos con la palabra recuerdo; esa ráfaga de pasado que desciframos con el lenguaje del presente y que nos deja, por un momento, fuera del tiempo o, mejor dicho, que nos permite, definitivamente, entrar en el tiempo (Silva Schultze, 2006 275-276).

#### 4. Referencias bibliográficas

- Alcoba, Laura (2007): *Manèges. Petite histoire argentine*. Paris: Gallimard.
- Alcoba, Laura (2013): *Le bleu des abeilles*. Paris: Gallimard.
- Alfaro, Margarita, García, Yolanda, Mangada, Beatriz (eds) (2012): *Paseos literarios por la Europa intercultural*. Madrid: Calambur, Colección Ensayo.
- Alfaro, Margarita, Mangada, Beatriz (eds) (2014): *Atlas literario intercultural. Xenografías femeninas en Europa*. Madrid: Calambur, Colección Ensayo.
- Alfaro, Margarita (2016): "Laura Alcoba et ses souvenirs d'enfance. Les langues de la clandestinité et de l'exil", in *Plurilinguisme dans la littérature française*, Alicia Yllera et Julián Muela (éds). Paris: Peter Lang, pp. 329-345.
- Ashcroft, Bill, Ahluwalia, Pal (2000): *Edward Said. La paradoja de la identidad*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Guillén, Claudio (2005): *Entre lo uno y lo diverso*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Modiano, Patrick (2014) : *Discours à l'Académie suédoise*. Paris: Gallimard.
- Silvia Schultze, Marisa (2010): *Apenas diez*. Montevideo: Ediciones Santillana.